

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Capitalismo, trabajo y rebeldía social a fines del siglo XX

Autor: Pla, Alberto J.

Forma sugerida de citar: Pla, A. J. (1998). Capitalismo, trabajo y rebeldía social a fines del siglo XX. *Cuadernos Americanos*, 3(69), 159-178.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 69, (mayo-junio de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Capitalismo, trabajo y rebeldía social a fines del siglo xx

Por Alberto J. PLA

*Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario
CONICET, Argentina*

EL OBJETO DE ESTE TRABAJO es estudiar algunos problemas actuales sobre *modalidades* de la crisis del capitalismo contemporáneo, ya que las crisis, en cuanto tales, son *parte constitutiva del sistema del capital*.

En esta ponencia pretendo discutir centralmente problemas referidos al trabajo y al no trabajo en el capitalismo contemporáneo del ajuste llamado neoliberal. Y para ello primero debo partir de algunas consideraciones generales sobre las características históricas del sistema capitalista, para formalizar un planteo metodológico que le dé sustancia a las reflexiones sobre el trabajo y la praxis dentro del *hoy* de la crisis del capitalismo en su concepción más amplia, o sea, considerando al “sistema” y no simplemente a “lo económico”.

La crisis del capitalismo no es sólo otra crisis cíclica, sino que es una verdadera crisis de civilización que transformó al ser humano sólo en “soporte” de la misma, a niveles superiores a los que hizo cualquier otra civilización en la historia de la humanidad y que ha dado como resultado productos despreciables, como el posmodernismo tan consustanciado con el tecnocratismo mediático.

De tal manera que las transformaciones del sistema no son exteriores, entonces, a la crisis del mundo del asalariado, el mundo del trabajo, sino que por el contrario lo comprenden y lo afectan sustancialmente.

Por ejemplo, se plantea la necesidad de nuevas formas organizativas y respuestas políticas acordes con la necesidad de superar las falencias de las actividades tradicionales tanto de sindicatos como de partidos políticos que en el mundo de hoy reformulan periódicamente presencias y actitudes obsoletas. En comparación hay tanta distancia entre la herramienta o la máquina simple con el robot y la telemática, como la que existe entre los instrumentos de que disponemos (sindicatos y partidos) y los necesarios para plantearnos la abolición del sistema de explotación social vigente.

HISTÓRICAMENTE el capitalismo se desarrolló en fases sucesivas. Quede claro que son fases de las transformaciones que se producen dentro del sistema. Es decir en lo que llamamos la formación económico-social y no en el modo de producción. Desde el siglo xvi se pasó varias veces por el mismo ciclo donde predominaron el comercio, la producción y las finanzas, sucesivamente. Esto no anula que en todas las fases se trate de una combinación de estos tres aspectos esenciales.

El comercio y la producción están más íntimamente asociados, y luego se pasa a un periodo en el que predominan las finanzas (manejo monetario, especulación, etc.). No lo que se llama capital financiero, que es otra manera de decir imperialismo, sino simplemente especulación financiera. Esto se produjo así desde el siglo xvi, y ya Braudel lo plantea como una sucesión de fases de composición y reestructuración del capitalismo.¹ Quede claro que estamos diciendo el capitalismo como sistema global, y no del modo de producción, que por ser una categoría analítica no está sujeta a transformaciones históricas. En todo caso de lo que se trataría sería de formalizar otra conceptualización.

De manera que si en el siglo xvi predominaron el comercio y la producción —en ese orden— acompañados por transformaciones tecnológicas que dieron sustancia a la manufactura naciente, en los siglos xvii y xviii las finanzas pasaron a ser paulatinamente las preponderantes. Esto significó la aparición de la especulación y de lo que puede empezar a llamarse la corrupción financiera en el mundo capitalista europeo (basta pensar en las actividades de John Law a comienzos del siglo xviii).

Posteriormente en el siglo xix, especialmente con las dos revoluciones industriales, volvió a tener preponderancia la fase productivo-comercial. Hay nuevas tecnologías de punta; de la manufactura se ha pasado al sistema fabril —la industria propiamente dicha— y han aparecido nuevas formas de organización del trabajo. El mercado a su vez tiende a expandirse cada vez más, y a fines del siglo xix el imperialismo es la culminación de esta nueva reestructuración capitalista, en donde aparecen nuevas formas de interrelación entre finanzas y producción.

¹ Fernand Braudel, *The perspective of the world*, Nueva York, Harper and Row, 1984.

En el siglo xx, y bajo la forma hegemónica imperialista, el sistema adquiere las modalidades a las que nos ha acostumbrado la historia reciente de más de medio siglo. El capitalismo sufre transformaciones internas, pero el cambio en las hegemónicas no implica un cambio en la sustancia del mismo.

Y nos interesa entonces detenernos en este pasado reciente. Hasta mediados del siglo xx sigue creciendo el comercio y la producción, aproximadamente hasta las décadas de 1950-1960, a partir de donde empiezan a predominar nuevamente las finanzas. Esta tendencia se consolida a partir de la crisis generalizada de 1974, y de ahí en más entramos al actual periodo de crisis y ajuste que no acaba de terminar. Es significativa la preponderancia desde entonces de la Escuela de Economía de Chicago (el llamado monetarismo).

Pero hay que tener en cuenta que en este siglo comienzan a darse situaciones nuevas. Por ejemplo Gran Bretaña, cuya hegemonía era indiscutible en el siglo xix y comienzos del siglo xx, la va perdiendo en beneficio de los Estados Unidos. Lo paradójico es que Gran Bretaña sale triunfante de las dos guerras mundiales. En primer lugar de la de 1914-1918, pero en ese último año comienza a pagar su deuda a los Estados Unidos y paulatinamente abandona aquella hegemonía indiscutible. En los años veinte y treinta se piensa más en una guerra entre estas dos potencias, que en el peligro del fascismo primero y luego del nazismo. No hay más que recordar las simpatías de círculos dirigentes ingleses y norteamericanos con el fascismo de la primera época, que se tradujo en *cartels* y asociaciones de capital con empresas alemanas e italianas para repartirse el mercado y frenar la implementación de avances tecnológicos.

Al final de los años treinta comienza a cambiar el clima político (no en vano los fascismos y las democracias ayudaron a aplastar a la revolución española, apoyando directa o indirectamente a Franco y al franquismo). Las "democracias" se sienten amenazadas, y sobre todo teniendo en cuenta la existencia de la URSS y las maniobras políticas de Stalin (pacto Hitler-Stalin). El resultado es el acercamiento de los contrincantes anglosajones, que se unen en la Segunda Guerra mundial. Ganan la guerra (también participó la URSS con los Aliados porque Hitler la invade en 1941), pero Gran Bretaña está en bancarrota y los Estados Unidos son el país que verdaderamente sale triunfante de la misma, convirtiéndose en el banquero del mundo. Y así se reconstruye en la posguerra. La época de oro será la de los años 1950-1960. Pero Gran Bretaña vuelve a

perder la posguerra. Paradójicamente, triunfante en dos guerras mundiales pierde toda hegemonía en beneficio de los Estados Unidos especialmente (y años después aparecen Japón y Alemania, derrotadas en la guerra, pero victoriosas en la posguerra). Estamos entrando en una nueva etapa o ciclo histórico del capitalismo mundial. Para ello habrá que derrotar a los grandes movimientos revolucionarios que cuestionan al sistema como tal. Si en un primer momento no tuvieron esa capacidad (triumfos de las Revoluciones China y del Sudeste asiático entre otras cosas) al estabilizarse la situación consiguen derrotar a los movimientos antisistema que se simbolizan en las movilizaciones del 68. Pasada la onda revolucionaria el capitalismo se estabiliza bajo la hegemonía estadounidense, pero lo hace entonces apelando a una recomposición. Se entra en otra fase financiera del capital (no de la política imperialista, que se mantiene con sus diversos matices), pero ello no anula las transformaciones tecnológicas y de organización del aparato productivo que se siguen originando hasta la actualidad. Pero desde la crisis de 1974 y las sucesivas, que se conocerán como la crisis del petróleo o la crisis de la deuda externa, lo que hacen es afianzar la fase financiera de este capitalismo que se recicla después de la derrota de los movimientos antisistema.

Entonces se produce la recomposición que se ha llamado la transnacionalización del capital. Y digamos simplemente que estas transformaciones en las modalidades de funcionamiento del sistema del capital se produjeron varias veces en la historia: por ejemplo cuando a fines del siglo XIX aparecen los monopolios, o cuando se pasa de los monopolios a los *cartels* internacionales (esencialmente una integración horizontal del capital), para dar lugar a la aparición de las multinacionales a partir de la crisis de 1930 (que sumaban a la integración horizontal también una integración vertical), y a las transnacionales, desde los años sesenta, que son no sólo una integración tanto horizontal como vertical, sino que cuantitativamente implican una masa operativa enormemente más grande que cualquiera de las combinaciones anteriores. Más aún, su expansión hace que cumplan objetivamente funciones de planificación mundial. Y esta mundialización está en la esencia de este círculo vicioso en que se ha convertido la relación crisis-ajuste-crisis. Los Estados (especialmente los dependientes) con políticas de privatizaciones reasignan atribuciones que antes asumían y aparecen cada vez más sometidos a los dictados del capital transnacionalizado.

Pero en cada fase histórica de la historia del capitalismo, las fases financieras se caracterizan por épocas de decadencia, mientras que las fases productivo-comerciales fueron épocas de grandes progresos y saltos en su desarrollo.

En resumen, estamos profundamente insertos en una nueva fase de decadencia capitalista a pesar de las “maravillas” tecnológico-científicas que como tales no pueden ser digeridas por el sistema pues elevan las contradicciones interiores del mismo a niveles antes insospechados. Vivimos así la antesala de nuevas épocas revolucionarias, pero con la enorme falencia, por otro lado, de que no nos encontramos con protagonistas alternativos. ¿Podrán serlo más adelante movimientos del tipo del EZLN de México, o del Movimiento de los Sin Tierra de Brasil?

Como determinantes del sistema se pasó del comercio internacional y de la producción (lo que implica decir desarrollo de las fuerzas productivas, o sea tecnología) al predominio de las finanzas (el manejo financiero-especulativo, la manipulación de la moneda). El sistema se estabilizó relativamente (siempre las estabildades son relativas) y enseguida se entró en un proceso en donde es ostensible que el funcionamiento del sistema por el predominio o la hegemonía del sector financiero tiene un límite. El mismo se basa en que la producción tiene una dinámica producto de la coyuntura anterior, alimentada por el aumento de la productividad, pero que trae como consecuencia el achicamiento proporcional del mercado consumidor (desocupación y pobreza). La comunicación y el manejo de la moneda no podrán nunca sustituir la producción de bienes materiales.

Hoy, la llamada recomposición capitalista (el ajuste neoliberal) es el predominio de las finanzas sobre la producción. El capital transnacional se apodera de estructuras productivas preexistentes en América Latina, de la misma manera que antes ha producido el desarrollo del Sudeste asiático, con la diferencia de que en Asia debió instalar el aparato productivo mientras que en América Latina lo debe transformar. Esto en cuanto tendencia. A este proceso lo acompaña una transformación de las fuerzas productivas con la robótica y la telemática, pero ellas quedan supeditadas al manejo financiero y no a la inversa. Por eso decimos que desde la aparición del imperialismo, hace más de cien años holgados, ya está presente un proceso como el actual. Por algo a ese capital imperialista se lo llamó capital financiero.

En América Latina se puede observar claramente cómo este predominio financiero acapara primero actividades económicas preexistentes por vía de las “privatizaciones”. Éstos son traspasos de aparatos productivos o de servicios a un capital transnacional, pero en definitiva son traspasos de negocios y no creación de nuevas fuentes productivas, y menos aún de punta. Las empresas grandes, a su vez, se tragan o liquidan a las pequeñas o medianas.

Hoy no hay una verdadera recomposición capitalista en América Latina. Hay etapas de recesiones y crisis porque el predominio financiero se agota en sí mismo. Hoy sobra dinero en el mundo que no llega a invertirse porque la crisis sigue instalada.

Hay absorciones, concentración de capital, la sociedad civil se desintegra y la crisis social aparece con toda su fuerza ejemplificada en la desocupación, la marginalidad y la pobreza y la descalificación en masa de los trabajadores.

Los últimos veinte años han sido de crisis ya reconocidas hasta por los defensores inteligentes del sistema, y esto se refleja en todos los niveles de la sociedad. Hasta la crisis del sindicalismo y de los partidos políticos está interrelacionada a esta fase del sistema.

La acumulación del capital es un objetivo “en sí” del sistema y para ello utiliza medios (producción, comercio, finanzas, etc.), pero en cuanto a la finalidad en sí misma de acumulación capitalista se traduce siempre en el aspecto financiero, o sea la acumulación y reproducción del capital, que se coloca como prioridad. Porque esa acumulación financiera es el capital-dinero base del sistema. No se trata, y máxime en la actualidad con el ajuste, de aumentar la acumulación capitalista para reinvertir en función productiva, sino para multiplicarlo, primero y antes que nada, en el manejo monetario-financiero. Los medios para alcanzar este objetivo pueden ser múltiples.

Incluso en los Estados Unidos, dice Giovanni Arrighi, “ganaron la guerra fría por medios financieros, ya que no la podían ganar por medios militares o diplomáticos” al hacer referencia a los cambios en la URSS (ahora Rusia). Es por ello que habla del “otoño” del capitalismo mundial.² No obstante, ese otoño registró después la Guerra del Golfo y el despliegue militar el tipo de guerra posible en este fin de siglo: allí también se añadió que las máquinas reemplazaron de manera fantástica el protagonismo del hombre. Los viejos héroes humanos son reemplazados por máquinas heroicas.

² Giovanni Arrighi, *Workers of the world at century's end*, Seattle, Paper of the Center for Labour Studies, 1995.

Y los medios de comunicación, impregnados de posmodernismo y virtualismo visual, se encargan de mostrar nuevos héroes que en realidad son robots.

Por otro lado se mantiene y se agudiza el problema social. La OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), que reúne a las 27 naciones más ricas del mundo, en junio de 1996 pronostica de manera optimista una lenta salida de la recesión en Estados Unidos, Europa y Japón, pero con un desempleo que no descenderá, e incluso sufrirá aumentos persistentes ya que el “crecimiento” de la economía no alcanzará para absorber el crecimiento vegetativo de la población. La economía mundial, que marca el paso de las naciones más adelantadas, aun en esta versión optimista, va a contrapelo de la suerte de los trabajadores.

La OCDE, así, prevé en aquellos países un aumento del PBI del orden de 2 a 2.3% en 1997, mientras el nivel de desempleo se mantendrá por encima de 10% de la fuerza laboral e incluso tiende a aumentar en porcentaje, lo que significa un aumento descomunal en números absolutos, como veremos un poco más adelante.

Mientras tanto el hambre crece en todo el mundo. Hoy son alrededor de 1 000 millones de seres humanos por debajo de los niveles de pobreza, incapacitados de satisfacer sus necesidades más elementales. Las Naciones Unidas, a través de la FAO, calculan que para el 2010 serán 2 000 millones, y para el 2020 serán 3 000 millones de seres humanos en esas condiciones. Esta crisis, que pone en peligro la subsistencia del hombre sobre la tierra, se une al deterioro ambiental, ya que disminuye de manera alarmante la cantidad de tierra disponible para producir alimentos por causa de la erosión, contaminación, abandono, sequías, etcétera.

II

EN realidad, en el capitalismo básicamente asentado en las características de su modo de producción hay que partir de que las mercancías son hechas para ser vendidas, no con el objetivo final de ser usadas o que sean útiles. Su uso es accesorio, aunque necesario para poder seguir vendiendo mercancías, y lo básico es que esa mercancía no tiene por qué ser útil (pueden ser armas, venenos y cualquier instrumento destructivo). Por ello el modo en que se la use es accesorio, aleatorio, teniendo en cuenta que la finalidad última es que se puedan vender en el mercado y sirvan para reproducir la capacidad de acumulación del capital.

Por otra parte, dado que lo principal es que se fabrican para ser vendidas, ello significa que son imprescindibles para el proceso de acumulación y reproducción del capital, o sea valorizan al capital. La acumulación de dinero es sólo eso, acumulación de un intermediario en el mercado, pero es imprescindible para reinvertirse como capital. Mientras no se reinviertan en el proceso productivo del capital queda como dinero, y ello no valoriza al capital y el sistema se enfrenta a una crisis o a una recesión por lo menos.

La teoría del valor-trabajo se basa en que dicho valor se determina por el tiempo de trabajo necesario socialmente para producir las mercancías. Y ese valor se concreta en capital en el momento en que la mercancía se ha vendido y el monto obtenido, básicamente, se reinvierte en el propio sistema. Si no, hay recesión o crisis.

Esto parece elemental, pero así como a veces se lo acepta como verdad evidente, sin mayores requisitos demostrativos, inmediatamente se lo deja de utilizar para pasar, sin que medie ninguna consideración, a utilizarse otras herramientas analíticas, diríamos otras categorías de análisis, que se toman de manera acrítica y por el valor que les puede adjudicar el mero sentido común (o sea no científico).

La productividad es la medida del valor que se determina por la intensidad y la duración del tiempo de trabajo socialmente necesario. Y por lógica consecuencia la tasa de ganancia se deriva directamente de este proceso. Como el núcleo central de la teoría del valor-trabajo se basa directamente en la consideración del trabajo humano y con el tiempo de trabajo, la productividad es un ingrediente esencial.

Al aumentar la productividad (avances tecnológico-científicos) disminuye la necesidad de fuerza de trabajo. La conclusión es que el crecimiento económico no resuelve el desempleo. Ésta es una contradicción esencial del sistema como tal, y estamos convencidos de que la solución no existe dentro de los marcos de funcionamiento del sistema. Por el contrario, de lo que se trata es de buscar las alternativas posibles, y ellas están fuera del sistema y no radican en ningún retoque de las contradicciones del mismo.

El cuestionamiento del sistema tiene en los tiempos actuales manifestaciones aisladas, desconectadas. Por ejemplo con la manifestación cívica en Francia por la solidaridad social y contra el plan de ajuste del gobierno Chirac-Juppé (noviembre-diciembre

de 1995). Esa “solidaridad social” movilizó a un millón de personas defendiendo el derecho a la salud, la educación y el empleo digno (salario y condiciones de trabajo dignos) según las propias consignas de los manifestantes. En Alemania occidental se repite lo mismo en junio de 1996 con la concentración de 350 000 personas contra el ajuste del Estado alemán. Y lo significativo es que se trata de las movilizaciones sociales más masivas desde aquellas de fines de los años sesenta en Francia y la mayor desde la Segunda Guerra mundial en Alemania. En América Latina y en Argentina estamos más acostumbrados a grandes manifestaciones contestatarias. Pero esos signos contestatarios son por ahora inorgánicos. Ello significa que no ponen en peligro las políticas de ajuste, y por ahora sirven para acumular fuerzas que podrán ser o no organizadas más adelante. Mientras tanto sirven para un registro del descontento social frente a la crisis del sistema, o para decirlo de otra manera, para mostrar la forma en que el sistema recurre a crisis para recomponerse.

Esto demuestra que los procesos históricos no pasan en vano, pero si no se reestructuran en respuestas alternativas la crisis de civilización del sistema es digerible para el mismo. La alternativa para los descontentos y los que sufren las consecuencias de la injusticia social es construir la conciencia y adecuar los instrumentos de acción para que el descontento se transforme en proposiciones alternativas. En mi caso la opción por una alternativa socialista está fundamentada en diversos trabajos, que no voy a resumir aquí. Lo que sí enfatizo es que no se puede seguir perdiendo el tiempo buscando dentro del sistema solución a sus contradicciones e incapacidades. Ello es equivocado o, peor aún, diversionista.

No pretendemos demostrar que existe una crisis. A esta altura ésta es ya una verdad objetiva y de conocimiento general, lo mismo que constatar que la misma se hace cada vez más profunda. Queremos decir que esto es “normal” en el sistema, es intrínseco al sistema, que cíclicamente se agudiza y que no existe solución dentro de los marcos del mismo. O sea que todo esto es “funcional” al sistema, es parte constitutiva del mismo. Y cuando la burguesía, o sectores de ella, se preocupa es simplemente porque se le escapa el control de las manos y teme las reacciones que se puedan producir. Ningún sector burgués, nacional o internacional, propone medidas para “eliminar” las desastrosas consecuencias sociales del orden capitalista.

LA declinación de la actividad e influencia de los sindicatos no significa afirmar que el movimiento obrero o del mundo del trabajo asalariado no tenga futuro ni perspectivas.

La relocalización de la mano de obra producto de la relocalización del capital (ahora transnacional) crea nuevos problemas tanto como traslada a las regiones dependientes viejos problemas de relación laboral propios de los países metropolitanos. Esto se dio en los años setenta y ochenta, pero en los noventa ya no nos confrontamos solamente con esta situación, sino con los resultados de la misma, después de veinte años de historia.

Esta situación aparece básicamente en los países del Sudeste asiático, mientras en las metrópolis, al igual que en países de América Latina, el sindicato antiguo, transformado en cabildo y abandonando la lucha sindical por el acuerdo y la negociación vertical, ahora es inoperante en la defensa de los intereses y las conquistas históricas de la clase obrera y de los asalariados en general. La flexibilización laboral plantea como condición la mediatización sindical y política de los trabajadores.

El capitalismo demostró históricamente un alto grado de adaptabilidad (mayor que cualquier otro sistema social anterior) y los trabajadores sufrieron en el siglo xx una derrota histórica, sólo conservando —relativamente aunque en crecimiento— un cierto poder contestatario. Se trata de una situación transitoria, pero por cierto la estamos evaluando en décadas y no en unos pocos años.

En este apartado nos queremos referir especialmente al caso de Argentina. En primer lugar hay que señalar que aquí la desocupación alcanza niveles de gravedad no sólo históricos, sino de una persistencia que augura una crisis social de envergadura. Ningún costo social es gratuito, y así como es arduo remontar costumbres y criterios de autoridad o sumisión establecidos, cuando los diques se quiebran el descontento social adquiere niveles de avalancha. Algo nuevo se está incubando de manera masiva y lo político no podrá quedar al margen.

Y nos queremos referir a alguno de los problemas más críticos de la actualidad de los últimos años.

El gobierno dice en sus declaraciones oficiales (junio de 1996) que 30% de la población económicamente activa está desocupada o subocupada. La Confederación General de Trabajadores, por su parte, eleva ese porcentaje a 35%. En cifras serían 3 650 000 o

más de 4 000 000. Aparte de eso, si se considera sólo la ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, se agregan otras 215 000 personas que no tienen trabajo y ya ni lo buscan. Sumando ambas referencias, en realidad hay que elevar a 40% la población económicamente activa (PEA) que está sin trabajo.

Y los que tienen trabajo están con miedo de perderlo por la precariedad del mismo. Con la Segunda Reforma del Estado que se pretende instrumentar quedarán desocupados otros 20 000 empleados estatales, y siguen los despidos. Sólo en una ínfima cantidad se abren nuevas fuentes de empleo, que en el mejor de los casos se contabilizan en cientos y no en miles y decenas de miles, como ocurre con la desocupación.

A todo esto hay que sumarle el trabajo *en negro* (sin obra social y en general al margen de toda asistencia social) a lo que se añade la explotación de casi 270 000 niños en trabajos también fuera de toda protección social. Que el caso argentino es común en el mundo del capitalismo salvaje del ajuste no es consuelo: en los Estados Unidos 27% de los habitantes vive por debajo de los niveles de pobreza, que allí se calculan a partir de un ingreso familiar mínimo de 14 700 dólares anuales. Las cifras no deben engañar pues están relacionadas con el bajísimo poder adquisitivo que las mismas significan en un país como Estados Unidos.

En Argentina, en realidad, aun tomando sólo 30% de desocupados, la cantidad de personas involucradas es de 4 300 000. A ello se unen empleos precarios de menos de 200 pesos mensuales que en 1995 involucraban a otras 570 000 personas. La población económicamente activa disminuyó en números absolutos en 236 498 personas entre 1995 y 1996, lo que significa que ya no buscan empleo porque han perdido toda esperanza de conseguirlo. El resultado general se traduce en la economía y hoy Argentina produce por habitante menos que hace una década.

La más afectada por esta crisis es la industria de transformación que en 1973 participaba con 34.4% del producto global, para bajar en 1984 a 29.3%, pero que en 1996 lo hace con alrededor de 16%. Dramatismo de las cifras ofrecidas por el propio gobierno, aun cuando aparecen en informes parciales y manipulados.

Y veamos otro aspecto del cuadro socioeconómico argentino. El ministro Domingo Cavallo pronosticó en reiteradas oportunidades en 1995 que el crecimiento económico sería para ese año de 5%. El Bank of America pronosticaba una caída para ese mismo año de entre 1.5 y 2%. Y afirmaba que la misma continuaría en

1996.³ Ahora que se conocen las cifras sabemos que Cavallo se “equivocó” en 10%, ya que la caída en 1995 fue de 4.4%, y el Bank of America se quedó corto. Reitero, siempre teniendo en cuenta la información oficial del Estado y organismos interesados en apoyar el plan de ajuste.

Pero nos interesa una conclusión del Bank of America que decía: “La Argentina enfrenta una difícil alternativa: o permite la fluctuación de la moneda o deja que el ciclo deflacionario siga su curso”. Es evidente que el plan Menem-Cavallo mantuvo la segunda alternativa. Y dice el Bank of America: “La convertibilidad estará bajo una creciente presión, mientras se profundice la recesión”.

Y eso es lo que sucedió en 1996, a pesar de la rebaja de lo que se denomina “el costo laboral”, que evolucionó así de un índice de base 100 en 1991, pasó a 103 en 1993, a 90 en 1994 y a 83 en enero de 1996. En resumen, que bajó 17% el costo laboral entre 1991 y enero de 1996, y sigue cayendo. Ahora se suman dramáticamente los recortes a los salarios a los aportes por carga de familia, lo que bajará aún más aquel costo de la fuerza de trabajo para los empresarios. Pero lo que queremos señalar es que, a pesar de que la fuerza de trabajo baja de precio, el resultado es recesión y desocupación. El mercado recesivo, sin la capacidad adquisitiva por parte del asalariado en una proporción en constante crecimiento, ilustra lo que decimos más arriba. Resultado: el Plan Económico ya se hace insostenible a pesar de haber vendido las empresas del Estado y haber casi duplicado su deuda, siendo los pagos que debe efectuar el Estado, para saldar la misma, de alrededor de 30% del producto interno bruto (PBI).

Y veamos más de cerca el problema de la deuda de este Estado ajustador. Según un informe oficial del Ministerio de Economía⁴ entre 1989 y 1996 la deuda (interna y externa) aumentó 41.4%, es decir en 25 817 millones de dólares. Las cifras que dan los diversos organismos muestran diferencias (dejando de lado los retoques que dibujan a las mismas). Así por ejemplo, según otro informe del mismo Ministerio de Economía, la deuda externa creció 57% entre 1991 y 1996, o sea en este caso durante el periodo de la convertibilidad. Ello a pesar de que con el Plan Brady hubo una

³ “Informe del Bank of America”, *Clarín* (Buenos Aires), 18 de septiembre de 1995.

⁴ “Informe del Ministerio de Economía”, *Clarín* (Buenos Aires), 26 de junio de 1996.

quita de 35% de la deuda total, y también teniendo en cuenta que con parte del dinero obtenido con las privatizaciones de empresas del Estado, en esos mismos años, se rescataron títulos de deuda por 13 446 millones de dólares.

A todo ello hay que agregar que sumó a la deuda externa, en los primeros seis meses de 1996, la cantidad de 6 079 millones de dólares.

Según los datos oficiales, por privatizaciones de empresas públicas se obtuvieron 24 779 millones de dólares. Si se usaron 13 446 millones para pagar parte de la deuda, el Estado embolsó para gastos presupuestarios la diferencia: 11 333 millones de dólares. Y sin embargo el gran problema sigue siendo el déficit presupuestario del Estado, que es la actual justificación del gobierno para implementar nuevas medidas de ajuste. Lo fabuloso de los montos financieros despilfarrados o acumulados en pocas manos no tiene antecedentes en la historia argentina.

Y además la consecuencia que se deriva es que ha hipotecado al país hasta entrado el siglo XXI. Así por ejemplo, entre 1996 y el año 2000 vence la mitad de la deuda pública, y hay que pagar en total 43 931 millones de dólares (aparte de que esta cifra puede aumentar si suben las tasas de interés). En cuanto a los pagos comprometidos en miles de millones de dólares: en 1996 son 6 633, en 1997 son 8 703, en 1998 son 8 518, en 1999 son 9 952, y en el año 2 000 son 10 125. En total 43 931 millones de dólares. Y el Informe del Ministerio de Economía dice que puede aumentar en otros 17 500 millones de dólares si sigue contrayendo más deuda (como lo hizo en 1996).

Una situación semejante se da en diversos países latinoamericanos. El Congreso de Venezuela, por ejemplo, registra que los países de América Latina han recibido 100 000 millones de dólares en préstamos, y pese a que ya han pagado más de 400 000 millones, su deuda actual supera los 700 000 millones. En el caso especial de Venezuela se recibieron 15 000 millones de dólares efectivos, se han pagado unos 40 000 millones y la deuda ha crecido a 35 000 millones en 1996 por el aumento constante de los intereses. Todo ello justifica el pedido de declarar ilegal a la deuda misma, y no pagarla, que es la propuesta del Congreso al presidente Rafael Caldera.

En Argentina la estabilidad económica se reduce a una no inflación. Alguien dijo que en los cementerios tampoco hay inflación. Y los funcionarios del gobierno ya reconocen abiertamente

que están al borde del abismo. Lo dice el ministro Cavallo, en parte para presionar en el juego de las internas políticas del gobierno, pero aparte de eso porque en realidad se le agotan las fuentes financieras y apelan ya a la derogación de conquistas históricas de los trabajadores.

El modelo argentino, que copió al de México de antes del *tequilazo*, ahora busca copiar al de Chile. La "habilidad" financiera se agota rápidamente. Y Chile es, según afirma el Banco Mundial, uno de los países más injustos del mundo, junto con Brasil y Senegal. Así, 20% de los chilenos se queda con 61% del ingreso anual. En Argentina 20% más rico se queda solamente con 52%. Para la burguesía argentina el modelo chileno parece atractivo, sin duda. Y si tomamos en cuenta que sólo 10% más rico se quedaba con 28% del ingreso en 1974, con 35.2% en 1990 y con 37.5% en 1995, la polarización se agudiza y el modelo está a su servicio.

A todo esto hay que agregar la mención global del déficit fiscal, incontrolable en la medida que se agotan las fuentes de financiamiento y aumentan los compromisos del Estado farandulero. Digamos que la gravedad de la situación financiera surge de constatar que Argentina fue el país latinoamericano que más préstamos recibió del Banco Mundial. En realidad en cuanto a montos recibidos del Banco Mundial la Argentina está en cuarto lugar, sólo debajo de China, India y Rusia.

La disfuncionalidad de los sindicatos en relación con las transformaciones del capitalismo exige una consideración especial sobre las nuevas formas organizativas necesarias y sobre las vías para la construcción de alternativas válidas. Aún es temprano para vislumbrar cuáles serán ellas, especialmente por la falta de suficiente experiencia acumulada.

Como todo proceso social de este tipo, necesita tiempo y recorrer experiencias objetivas. Pero plantear la discusión es imprescindible. Lo peor es cerrar los ojos a la nueva realidad y tratar de aferrarse a las modalidades de lucha sindical y política que ha mostrado sus limitaciones ya, durante más de un siglo. No se trata de negar el pasado, sino de recuperar experiencias para construir alternativas acordes con la época de la transnacionalización del capital y la flexibilización (fabril y del trabajo) que impone el capital.

No se trata de reconsiderar cuestiones básicas, ya que la contradicción capital-trabajo sigue estando en la base de toda consideración. Diríamos que los problemas no son, para nosotros, de estrategia, sino de tácticas y de organización.

Arrighi, ya citado, piensa, de manera optimista, que aún se necesitan otros diez o veinte años, a partir de las experiencias del pasado, para que surjan esas nuevas formas y modalidades. ¿Optimismo? Es algo a tener en cuenta ya que ningún proceso social es un acto de voluntarismo. Lo peor es cerrar los ojos a estas nuevas necesidades, pues entonces se bloquean las búsquedas de los nuevos caminos a transitar.

Y afirma Arrighi: "Sin embargo no es apresurado decir que las condiciones en las cuales los trabajadores harán su propia historia, serán radicalmente distintas con respecto a las del último siglo". Y lo primero que surge es que las alternativas "nacionales" o locales deberán dar paso a procesos integradores de la fuerza de trabajo, que trascienden aquel nacionalismo de tan fuerte presencia en el siglo xx, en cada país.

No asumir la fase crítica y renovadora, tratando de mirar al pasado para repetirlo, sólo llevará a nuevos desastres e impotencias. Vuelvo a insistir, la experiencia histórica es válida como tal, pero no para repetirla, pues debemos sacar conclusiones también de los fracasos en aquellas experiencias.

La historia misma no es nunca repetición sino proceso dialéctico. Entonces lo que se nos plantea es ¿cómo construimos la superación dialéctica, negando y recuperando al mismo tiempo? ¿Cuál es la nueva síntesis, en todos los niveles? Ésta es una tarea colectiva con múltiples aportes y hasta ahora tenemos solamente valiosos indicios aislados.

IV

EN la medida que hemos hablado de una crisis de civilización, y no solamente de una crisis económica, queremos referirnos a una discusión que hace a problemas de toma de posición intelectual.

Hay una relación cruzada entre modernidad y posmodernidad. Veamos cada una para establecer sus diferencias y los lazos que las unen. Es obvio que en este tema, lo mismo que en cualquier otro caso, todo depende de lo que entendamos por cada cuestión. No quiero partir de supuestos, sino explicitar mis asunciones intelectuales o, si se prefiere, ideológicas. O sea qué significan, para al discutir las hacerlo sobre contenidos y no sobre palabras.

Sin referirme a las polémicas abiertas por los distintos autores manifestaré mi opinión, reconociendo ciertamente el aporte que estoy rescatando de algunos autores. Entiendo por moderni-

dad (que sería lo más conflictivo de caracterizar por el debate que ello ha dado lugar) el proceso abierto en la sociedad capitalista con la Revolución Industrial de comienzos del siglo XIX. Es decir que hay una correlación Revolución Industrial/modernidad.

Si nos ubicamos en aquel momento constatamos que se pasa de la manufactura o la maquinafactura al sistema fabril (simbolizado en las transformaciones producidas en Manchester y que originaron la reacción luddita). Y surgen en este proceso histórico dos corrientes ideológicas contrapuestas: la modernidad y el romanticismo.

La modernidad fue entonces la ideología para adecuarse al cambio fabril, el romanticismo fue su crítica, pero con la mirada puesta hacia atrás, añorando los viejos tiempos pasados. Marx critica ambas actitudes, y en esto sigo a Michael Löwy.⁵ Esta crítica de Marx a la sociedad industrial se hizo con la mirada puesta hacia el futuro, hacia adelante. Por eso Marx, crítico del capital, es también crítico de la modernidad capitalista, pero en un sentido inverso al de los románticos. La ideología del socialismo se contrapone así a las otras dos ideologías en boga en ese momento.

Pero Marx no desconoce ni descalifica los avances y desarrollos de las fuerzas productivas, alcanzados dentro de los marcos del sistema capitalista, cuando hace la crítica del capital y del capitalismo. Para algunos autores Marx sería como el representante de una auténtica modernidad cargada de contenidos superadores de la realidad fabril-capitalista. Lo creo un camino equivocado, pero de lo que se trata no es de discutir palabras, sino de discutir significados y contenidos.

Hoy la modernidad es aquella herencia de la Revolución Industrial, que ahora pasa a ser cuestionada como concepción ya superada y da lugar a la llamada posmodernidad, de los defensores del sistema. Ya no se trata de defender al industrialismo o a la nación (o el Estado nacional) sino a la transnacionalización (eso que también llaman globalización) y sus políticas correspondientes.

No obstante, de cualquier forma que se lo considere, sigue vigente el planteo de Marx, que era válido para el siglo XIX y sigue siéndolo para este fin de siglo XX, a pesar de las transformaciones tecnológicas: ni modernidad, ni posmodernidad, ya que ambas son sólo variantes ideológicas de justificación de la sociedad del capital. La alternativa, una vez más, pasa por fuera del sistema domi-

⁵ Michael Löwy, "La crítica marxista de la modernidad", *Cuadernos del Sur* (Buenos Aires), núm. 14 (1992).

nante, y es la única manera de superar dialécticamente sus contradicciones.

La polémica que no hace muchos años sostuvieron Marshall Berman y Perry Anderson fue ilustrativa de las posiciones en pugna. Berman, defendiendo la modernidad sostenía que “ser moderno es experimentar la vida, tanto a nivel personal como social, como un violento torbellino que hace sentir a su mundo en perpetua desintegración y renovación, angustiada y conflictuada, ambiguo y contradictorio”: sentirse “parte de un universo en el cual *todo lo que es sólido se desvanece en el aire*” (señalemos que ésta es una frase de Marx). Y agregaba Berman: “El modernismo tiende a dar a los hombres y mujeres el poder de cambiar el mundo que a su vez los está cambiando; tiende a hacerlos sujetos tanto como objetos de la modernización”.⁶

A esto respondía Perry Anderson que Berman escamotea el planteo social ya que esta actitud de “sentirse a gusto en ese violento torbellino”, y que “sentirse moderno” es ser optimista, gozar de la vida, y que ése es el espíritu de la juventud de hoy... es situarse por encima de la sociedad de clases y de la caracterización del tipo de sociedad de que se trata, la que en definitiva es aceptada en su configuración actual.

Y dice Perry Anderson: “La modernidad ha sido obsequiosamente descripta como la última palabra en excitación sensorial y satisfacción universal, en la que una sociedad mecanizada garantiza emociones estéticas y felicidades sociales”.⁷

En la base de la concepción de Berman que, como él lo dice, apuesta al “desarrollo” está su visión más restringida de que la modernización socioeconómica son “esos procesos siempre en expansión y sujetos a drásticas fluctuaciones” que en definitiva son impulsados por el mercado mundial, lo que anticipa actitudes que serán un poco más adelante prototípicas del posmodernismo.

Y dice Perry Anderson que en el mejor de los casos esa idea de modernización “implica una concepción de desarrollo fundamentalmente rectilíneo”. Con el concepto de modernización no es siquiera posible periodizar la historia del capitalismo. Y así, el modernismo se correlaciona directamente con el individualismo y su exaltación.

⁶ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Madrid, Siglo XXI, 1988.

⁷ Perry Anderson, “Modernidad y revolución”, *Cuadernos del Sur* (Buenos Aires), núm. 4 (1986).

Frente a este planteo, Marx tiene más coincidencias con los románticos que con los modernistas. Aquéllos también eran críticos del capitalismo y de las calamidades que sufrían los trabajadores sometidos a la fábrica industrial, aunque sus miradas se dirigen en direcciones opuestas. Superar la modernidad conservando sus logros rescatables es un desafío siempre presente para los socialistas. Y las maneras de funcionar del sistema productivo siempre se corresponden con el tipo de sociedad que las engendra, por lo tanto no se trata simple y rectilíneamente de pensar que una sociedad no clasista pueda digerir las tecnologías correspondientes a una avanzada sociedad de clases.

El posmodernismo aparece en época reciente como una “lógica cultural del capitalismo tardío”, dice Jameson, el capitalismo actual transnacional; y aparece entonces no como un planteo cultural, sino como declaración de una política.⁸ Y por eso Jameson habla de “patologías culturales” al referirse al mismo.

Por su parte Rigoberto Lanz habla de la “instauración de un nuevo imaginario enteramente fundado en la gramática del vacío por la trivialización de los viejos valores y por la pragmatización extrema” de las ideas políticas. Y dice: “En este estadio de la crisis lo político se posmoderniza de hecho, es decir se banaliza, se desnuda en su escatología, se trivializa tras la mirada irónica del desenfado hiper-real de un descreimiento hecho sistema”.⁹

Así, el nuevo espacio público que se nos impone es la “subcultura massmediática”. Se rompen los lazos colectivos de relación humana y se idealizan las prácticas fragmentarias que aíslan al individuo. El posmodernismo es el heredero lógico del modernismo, más de cien años después, y fue acunado en el desarrollo de la Revolución Industrial. El cambio ideológico es la adecuación interna al sistema.

Chomsky dirá esto mismo en forma sintética de la siguiente manera: “Si se consigue aislar a la gente lo suficiente, no importa en realidad lo que piense”.¹⁰

Y entonces, desde la práctica política de la clase dominante, el mensaje es de pasividad y espera al tiempo que vendrá después de la crisis. Todo proyecto alternativo está, por lo menos, desubicado

⁸ Fredric Jameson, *Ensayos sobre el posmodernismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991.

⁹ Rigoberto Lanz, “El vaciamiento massmediático del discurso político”, *RELEA* (Caracas), núm. 0 (1995).

¹⁰ Noam Chomsky, *Política y cultura a finales del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1995.

en el tiempo y la disciplina del mercado debe operar para salvar al sistema como si las crisis del mismo no fueran cíclicas y crecientes. En el fondo es la justificación de la crisis misma y el posmodernismo se convierte en la ideología coherente con el ajuste llamado neoliberal.

A esto se refiere, por ejemplo, Martin Hopenhayn cuando dice: “El espacio público de la modernidad se metamorfoseó en espacio publicitario” con este posmodernismo que difunde una frivolidad y un fundamentalismo anacrónico, que se asienta en el clima de la crisis generalizada.¹¹

Y esto se compagina con la ideología de las “máquinas inteligentes” que se postula que pueden sustituir al ser humano mismo. Esta “cibercultura”, la cultura de las máquinas llamadas inteligentes en manos de los capitalistas y dueños de la información mediática, es otro *medio de dominación*, como cualquier otra máquina al servicio de una clase dominante.

El problema, no obstante, no es la máquina (cualquiera que sea) sino el orden social que la usufructúa. El poder de hacer y de cambiar está en los seres humanos, y por eso éste es un problema de política y por tanto una cuestión social.

Frente a las dos enfermedades típicas derivadas de la civilización capitalista —la frivolidad mediática posmodernista y el fundamentalismo tecnocrático-anacrónico—, el ser social de este siglo tiene por delante la tarea de rescatar lo humano, la sensibilidad social y la solidaridad colectiva, aboliendo un sistema que las hace imposibles.

Para ello hay que enfrentar la ideología que se quiere imponer como alternativa conservadora, la llamada “sociedad virtual” del tipo Internet, que forma, según sus adictos, “comunidades flotantes, nómades, y en permanente intercambio de franjas de población”. Con lo que queda cuestionado el mismo concepto de “sociedad”, y esta población, invisible pero comunicada a través de la telemática, forma otro conglomerado humano desbordando cualquier consideración sobre la sociedad humana, no dando un salto hacia adelante de tipo superador, sino retrocediendo a la desvalorización de la solidaridad social. O sea: es lo que llaman una “sociedad virtual”, y tan virtual es que podríamos suprimir la palabra sociedad (o lo social) para no confundirlo con ninguna conceptualización anterior de lo que es la sociedad humana.

¹¹ Martin Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados*, México, FCE, 1994.

¿Es así? ¿Qué respuesta? Lo virtual de la *mass-media* reemplaza (sustituye) a la realidad material de la vida cotidiana. He aquí entonces un problema político: ¿los medios de comunicación sustituyen entonces a la vida material, concreta? Es el mensaje que rechazamos, ya que la vida es compromiso, individual, es cierto, pero también colectivo.

En este sentido suscribimos lo que dice Eduardo Galeano:

Los medios de comunicación de la era electrónica, mayoritariamente puestos al servicio de la incomunicación humana, nos están otorgando el derecho a elegir entre lo mismo y lo mismo en un tiempo que se vacía de historia y en un espacio universal que tiende a negar el derecho a la identidad de sus partes. Se hace cada vez más unánime la adoración de los valores de la sociedad de consumo.

Y más adelante agrega:

La invitación al consumo es una invitación al delito. Leyendo las páginas policiales de los diarios se aprende más sobre las contradicciones sociales que en las páginas sindicales o políticas. Allí están los alegres mensajes de muerte que la sociedad de consumo emite.¹²

¹² Eduardo Galeano, "La escuela del crimen", *Página 12* (Buenos Aires), 14 de julio de 1996.